

porque habia parido un niño quebrado, y el Santo, en aquella santa imágen, diz que era prodigioso con los niños que padecian este trabajo; y ¿qué lleva en esa manga? le preguntó el prior, notando que abultaba demasiado. Aquí saltó prontamente el predicador, son unos dulces, que le dí yo, para que de mi parte los envíe á sus dos primas, las hijas del familiar de Cojeces, que el otro dia me regalaron con dos pares de calcetas. No satisfizo mucho al padre prior uná ni otra respuesta; pero como era buen hombre y nada malicioso, dejólas pasar, y contentándose con decir á Fray Gerundio, que tratase de ser más aplicado, y de guardar más la celda, le envió á ella, y él se quedó con el padre predicador mayor tratando el negocio á que iba, de cuyo contenido no se encuentra rastro alguno en el archivo del convento, ni en los exactos documentos de donde se ha sacado esta puntualísima historia, lo que dá bien á entender, que no debió ser cosa de importancia, ó á lo ménos, que no trataron materia alguna que tenga concernencia con ella.

CAPÍTULO V.

DE UNA CONVERSACION MUY PROVECHOSA, QUE UN BENEFICIADO DEL LUGAR TUVO CON FRAY GERUNDIO, SI FRAY GERUNDIO HUBIERA SABIDO APROVECHARSE DE ELLA.

HABIA en aquella villa (ya conocerá el sagaz y penetrativo lector, que hablamos de aquella villa donde estaba el convento). Habia pues en aquella villa un beneficiado hábil, capaz, despejado, de edad ya madura, porque estaba entre los cuarenta y los cincuenta. Habia estudiado la filosofía, que se usa en España con aplauso, y la teología con crédito, tanto que habia sido opositor en Toledo, y despues de haberse dado uno de los mejores curatos, le renunció con pension, porque le probaba mal la tierra, y se habia retirado á su lugar, donde tenia un mediano beneficio, con el cual y con la pension lo pasaba con mucha decencia. Era de costumbres muy ajustadas, de un porte eclesiástico sério y grave; pero al mismo tiempo de un génio jovial y festivo, lo que le conciliaba la general estimacion de todos, acompañada de inclinacion y cariño. Dedicábase mucho al ejercicio del confesionario, y de cuando en cuando predicaba tambien sus sermones con juicio, con piedad y con celo, porque era muy aficionado á las obras de los padres Señeri y Bourdalue, á quiénes procuraba imitar en

sus sermones, así panegíricos, como morales. Y como entendia medianamente las lenguas italiana y francesa, tenia algunos otros de los mejores sermonarios que se han impreso en uno y en otro idioma, sin dejarse llevar tan totalmente del estudio de las Letras Sagradas y sérias, que no hiciese sus excusiones hácia las más amenas, especialmente hácia los libros de crítica, de que tenia algunos selectos en su librería, no copiosa, pero escogida.

2. A favor de ellos, con su natural penetracion y juicio, ni estaba tan encaprichado con todas las opiniones antiguas, como lo suelen estar los que no han estudiado otras, ni tan ciegamente enamorado de las modernas, que no descubriese la fruslería y la insubstancialidad de muchas. Conocia y confesaba de buena fé, que en todas las facultades se habian introducido mil inutilidades, preocupaciones y no pocas extravagancias: era de parecer, que en realidad necesitaban de mucha reforma; pero al mismo tiempo era de opinion, que ninguna estaba más necesitada de ella, que la crítica. Juzgaba que esta se habia remontado con exceso, y que era menester cortarla los vuelos; porque no contenta con rajar, cortar y trinchar, algunas veces con razon, otras sin ella, y no pocas por puro antojo ó capricho por las ciencias naturales, se habia atrevido á escalar hasta el sagrado alcázar de la Religion, con tanta osadía, que apenas dejaba costumbre inmemorial, tradicion antigua ni monumento aún de los más respetables, que no pretendiese zapar hasta el cimiento; siendo este el verdadero principio, no solo de tanto error como ha brotado en el campo de la Iglesia en estos últimos si-

glos, sino de tanta libertad de costumbres, de tanta irreligion, y aún de tanto ateismo.

3. Sobre todo se reia mucho de la grande presuncion de la crítica en punto de física natural, y de aquella intolerable satisfaccion, con que se jactaba de haber arrollado la de Aristóteles, abriendo los ojos al mundo, para que conociese los grandes excesos que la hacia cualquiera de las físicas modernas. Aquí se descalzaba de risa el bueno del beneficiado; porque decia, que á excepcion de tal cual fruslería de poca consideracion, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas de casi todos los efectos de la naturaleza con la física de Descartes, de Newton y de Gasendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles eran los torbellinos ó turbillones y materia etérea del primero, como la materia primera y las formas substanciales del último, protestando, que ni con una ni con otra explicacion veia gota. Yo no sé (añadia con gracia) con qué conciencia hacen tanta burla los modernos de los aristotélicos, porque preguntados estos, en qué consiste, que el fuego queme, responden; *porque tiene una virtud ustiva ó quemativa*. Convengo en que nada dicen en esto; pues en suma solo vienen á decir, que el fuego quema, porque tiene virtud para quemar. Filosofía tan recóndita, que la alcanzará el más záfio Sayagues.

4. Pero quisiera saber, si dicen más los modernísimos señores, cuando responden, que el fuego quema, porque es una substancia compuesta de unas partículas piramidales ó puntiagudas, sutilísimas, agilísimas, que agitadas continuamente con suma rapi-

dez en movimiento vertical, se penetran por los poros de los cuerpos más consistentes, los taladran, los desunen, los deshacen. En esta respuesta hay sin duda más aparato de voces; pero bien reflexionada tiene ménos substancia que la otra; porque la aristotélica siquiera ya dice una verdad de Pero-grullo, con la cual modestamente viene á confesar su ignorancia; mas la de nuestros físicos á la Chamberí, entre un grande follaje de palabras, solo nos vende unas purísimas arbitrariedades; ¿quién ha hecho el análisis del fuego, para descubrir de qué figura son sus partículas, si piramidales, cilíndricas, ovals, cuadradas ó globulosas, agudas ó chatas? Por donde se prueba, que su movimiento es vertical ó arremolinado; siendo así, que si son tan ágiles y tan sútiles como se supone, de necesidad han de ser levísimas y volátiles, mucho más ligeras que el aire, y consiguientemente su movimiento no ha de ser hácia el centro, como lo es todo movimiento vertical, sino hácia arriba, como se observa en la llama; de donde vendria á inferirle el grandísimo absurdo de que ningun cuerpo estaria más libre de la actividad del fuego, que el que estuviese más dentro de él, y que el remedio más eficaz para no quemarse uno, era arrojarse en medio de la hoguera.

5. En fin, en esta materia estaba preciosísimo el bellaco del beneficiado, y concluia con decir, que si él fuera hombre de talento y de chiste, se le habia ofrecido un buen proyecto, con que hacer por lo ménos tan ridícula la filosofía moderna, como la aristotélica. Habia de formar un exaplo filosófico, á manera de los bíblicos, ó una filosofía poliglota, com-

puesta de cuatro ó de seis columnas, en cada una de las cuales, discurriendo por todos ó por los principales tratados de la física, habia de exponer con sus mismas palabras lo que dicen acerca de él Aristóteles y los jefes de las principales sectas filosóficas modernas. Por ejemplo: *Principios ó constitutivos del cuerpo en general*. 1.^a columna Aristóteles, 2.^a Descartes, 3.^a Casendo, 4.^a Maignau, 5.^a Newton, 6.^a Boile. *Principios ó constitutivos de los cuerpos celestes*. 1.^a, 2.^a, 3.^a, etc. *Principios ó constitutivos del cuerpo sub-lunar inanimado, del vegetal, del orgánico y sensitivo, del racional, etc.* 1.^a, 2.^a, 3.^a, etc. Y descendiendo despues á los cuerpos y efectos particulares de sol, luz, calor, frio, humedad, sólidos, fluidos, opacos, transparentes, colores, sonido, sensación, etc., trasladar en cada columna con toda fidelidad, lo que dice cada jefe acerca de cada uno de estos entes naturales. Y despues, para amenizar más la obra y aún para variarla, añadir por modo de apéndice un breve resúmen de la variedad, de la voluntariedad, del capricho y aún de la extravagancia con que en estas y en otras materias filosóficas han discurrido aquellos modernos más acreditados, que son *nullius Diocesis*, esto es, que no son partidarios de alguna secta particular; y que aprovechándose de la libertad de conciencia para filosofar, que se han tomado, especialmente en este siglo casi todas las naciones, cada uno ha filosofado segun su fantasía. Aseguraba, que solo con trasladar sus opiniones, con sus mismísimas voces, explicando las obscuras, y dejando en su tenebrosa incomprehensibilidad á las ininteligibles, se formaria una obra que en España hi-

ciese olvidar á los Cervantes, en Francia á los Despreaux, en Italia á los Bocalinis, en Alemania á los Menkenios, y arrinconarse en Inglaterra á los Waltones.

6. Así que por lo que toca á todas las filosofías sistemáticas, tanta burla hacia de unas como de otras, y aún más que de todas se burlaba mucho de la crítica de ellas. Solo daba algun cuartel á la física experimental; pero no tanto como otros, que eran más indulgentes, pretendiendo que de cien experimentos, apénas se hallarian dos, hechos con la debida exactitud. En órden á la física matemática, que es hoy la física de la gran moda, adoptada por casi todas las academias de Europa, y es aquella que pretende deducir todas sus conclusiones de principios matemáticos y geométricos, se reservaba el derecho de juzgar, hasta que estuviese mejor instruido de ella: bien que decia le daba el corazon, que los principios de estas dos facultades apenas podian servir más, que para explicar las leyes del movimiento, la mayor ó menor resistencia, gravedad ó levedad de los cuerpos, su elasticidad respectiva, y algunos pocos efectos de la luz. Por lo demás, no concebía de qué utilidad podian ser los principios de la matemática y de la geometría, para explicar las verdaderas causas y constitutivos de todo cuerpo sensible y natural, que es el objeto de la física; pero al fin suspendía su juicio, hasta que mejor instruido en autos, se hallase en estado de pronunciar con conocimiento de causa.

7. En lo que no le suspendía era en el acierto y en la felicidad, con que la crítica moderna trataba el

importantísimo punto de la oratoria cristiana, en la evidencia que hacia de que esta no solo estaba adulterada, sino vilipendiada, estragada, despedazada y lastimosamente corrompida, en las verdaderas y radicales causas, que señalaba de esta lamentable corrupcion, y en las sabias, discretas é infalibles reglas, que prescribia para resucitarla, para darla nueva vida, y para conducirla al mayor estado de perfeccion á que puede llegar en lo humano.

8. Por lo que toca á la hedionda corrupcion de la oratoria cristiana, la crítica no hace más que remitirnos á los sermones que oimos. Entre mil predicadores, apénas se hallarán dos ó tres, que sepan las partes de que se compone un sermón: y entre millares de sermones, con dificultad se encontrarán otros tantos que merezcan este nombre. Los más son un tejido de disparates sin órden, ó una sarta de osadías sin juicio, ó un encadenamiento de agudezas sin solidez, ó una chorrera de chicos sin jugo, y los ménos malos un matorral de verdades trivialísimas, sin método, sin cultura, sin eficacia y sin mocion.

9. Las verdaderas, legítimas y originales causas de estar tan corrompido el púlpito cristiano, singularmente en España, todas se pueden reducir á tres: á la poca ó ninguna estimacion, que hacen del púlpito los que ordinariamente nombran á los predicadores; á la poca ó ninguna aplicacion de los mismos predicadores nombrados, que no se dedican á instruirse en su facultad y á hacerse maestros en ella; y en no pocos á su incapacidad de aprenderla aún cuando se dedicaran: y finalmente, al mal gusto de

los auditorios, que aplauden lo que debieran abominar, y abominan lo que debieran aplaudir.

10. En casi todas las religiones de España se aprecia mucho más la carrera de las cátedras, que la del púlpito; se hace más estimacion de la cátedra de Aristóteles, que de la del Espíritu Santo; se conceden mayores honores al maestro más inepto, que al predicador más sobresaliente. Esto es de notoriedad pública; pero ¿puede haber error más perjudicial ni más lamentable? Dícese, que el médico comienza donde acaba el físico *Ubi definit physicus, incipit medicus*. Si la filosofía es la que enseña ordinariamente en nuestras escuelas, tan impertinente es para la medicina como para la música; ¿pero quién negará, que donde acaba el teólogo, allí ha de comenzar el predicador? ¿Cómo podrá serlo, no digo sobresaliente, pero ni aún tolerable, el que no sabe los misterios de la fé, los dogmas de la Religion ni los sentidos de la Escritura? y ¿cómo sabrá los primeros para enseñarlos al pueblo, el que no está más que medianamente versado en la Teología escolástica; ni los segundos, el que ignora la dogmática; ni los terceros, el que jamás ha estudiado la expositiva ni mucho ménos la mística? ¿cuánto desbarrará en los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Eucaristía, el que no ha estudiado estas materias; cuántos disparates dirá acerca de la predestinacion, de la reprobacion, de la Providencia, de la economía, de la gracia, de la presciencia infalible de Dios, sin perjuicio de la libertad, el que no esté más que razonablemente instruido en todos estos necesarísimos tratados? ¿qué locuras, qué puerilidades, qué chocarrerías! y tal

vez qué blasfemias heréticas no dirá, abusando de los textos de la Sagrada Escritura, el que no sabe manejarla, ni en su vida se ha dedicado á estudiar los cuatro únicos sentidos en que es capaz de explicarse, el literal, el alegórico, el místico y el tropológico? Todo esto no se puede saber, sin estar más que superficialmente versado en las cuatro partes de la Teología; ¿pues por qué se ha de hacer más aprecio de esta, que de la oratoria, siendo así que puede uno ser gran teólogo sin ser predicador, pero no puede ser gran predicador sin ser gran teólogo?

11. Digo, pues, para descargo de mi ánima, que no me parece razonable esta preferencia, y que á mi pobre juicio debieran reflexionar las religiones que la usan, que ninguna de ellas se introdujo en el mundo, se propagó y se elevó al auge de estimacion en que hoy las vemos, por las funciones de la cátedra, sino por los misterios del púlpito, ejercitados con solidez, con meollo y con celo á la usanza apostólica. Así que no ha llegado á nuestra noticia, que hasta ahora se haya fundado en la Iglesia de Dios ninguna religion de matemáticos, de físicos, de filósofos, de teólogos; y en verdad, que se han fundado algunas con el título de religion de predicadores, de misioneros, de la doctrina cristiana, *et reliqua*. Pues aquí de Dios y del Rey, si las cosas se conservan por aquellos mismos principios, que las producen (hablo como se acostumbra, que la verdad de este principote quédese en su lugar); si las cosas se conservan por aquellos mismos principios, que las producen; y si es indubitable, que las más de la sagradas religiones fueron producidas, propagadas y elevadas á

la procera estatura en que hoy las veneramos, por los apostólicos ministerios del púlpito; ¿qué razón habrá, divina ni humana, para que se haga en ellas más caudal de las fatigas literarias de la cátedra?

12. No quiero decir por esto (ni Dios permita tal) que no ha de haber en ellas maestros, y que no se ha de hacer un sumo aprecio de los que verdaderamente lo fueren; ántes pretendo todo lo contrario. Si voy suponiendo que es imposible de toda imposibilidad, que haya buenos predicadores, sin que sean buenos teólogos; ¿cómo he de intentar, que no sean sumamente estimados los que los enseñan á serlo? Lo que digo es, que si el predicador supone al teólogo, no debe ser más estimado el teólogo que el predicador. Lo que digo es, que en mi corto entender no debieran las religiones nombrar á alguno para que enseñe desde el púlpito, que no fuese capaz y muy capaz de enseñar desde la cátedra, y que ya no hubiese enseñado desde ella; pero ¿qué sucede por lo regular? Al que no entiende los ergos, ó mira con tedio las arideces escolásticas, como tenga buena voz, buena memoria, buena presencia y mucho despejo, hágote predicador de la noche para la mañana, y ármote de punta en blanco caballero del púlpito, con dos grandes legajos de papeles ajenos, buenos ó malos, con media docena de sermonarios impresos, malos ó buenos, y vandéate como pudieres.

13. De aquí nace, lo primero, que como las religiones saben muy bien hasta dónde llegan los talentos, de los que por lo comun hacen predicadores, los miran un poco al soslayo; y aunque les conceden

algunos honorcillos, son de prima tonsura, *ornatus gratia*, y dedaditas de miel para engolosinar niños; y aquellos que llegan á jubilar por la carrera del púlpito, son jubilados de media braga ó de tapadillo. Nace lo segundo, que los que pueden ir por la carrera de las cátedras, y pudieran ser predicadores eminentes, no los harán ir por la del púlpito, aunque los descrimen; y visto lo visto, de tejas abajo hacen bien, como soy clérigo. Nace finalmente lo tercero, que los que van por esta vía son por lo comun unos lindos religiosos, que por su parola, verbosidad y despejo, harían unos buenos procuradores, unos buenos sacristanes, unos famosos demandantes, pero hacen unos perversos predicadores. Étele, sino me engaño, la principalísima causa de la corrupcion de la cristiana oratoria en España de parte de los electores.

14. Y de camino queda dicha la que hay de parte de los electos. Siendo la mayor parte de ellos unos hombres, como los acabamos de pintar, poco gramáticos, nada filósofos y ménos teólogos; ¿por dónde han de saber, cual es su sermón derecho, ni hácia donde caen las partes de la oracion? (salvo las del arte de Nebrija) estudian sus mamotretos, zurcen unos, hilvanan otros, descuartizan éstos, enjalman aquéllos y vamos adelante; que al cabo de los diez ó de los doce años, jubilado me he de ser, y no me ha de faltar mi platillo, ni á mal dar, un vicariato de monjas; y desdichada la madre que no tiene un hijo predicador jubilado, que llegue á definir.

15. Finalmente, contribuye tanto como lo que más á la corrupcion de nuestra oratoria, el mal gusto

de los oyentes. Mas porque no quiero infernar mi alma, declaro para descargo de ella, que el mal gusto de los oyentes es hijo legítimo y de legítimo matrimonio del perverso gusto de los predicadores. Si aquellos pobrecillos no oyen otra cosa; ¿cómo no se les ha de pegar necesariamente lo que oyen?

16. Ora bien, yo leí en cierta parte del mundo un tratadillo oratorio del padre Sanadon, jesuita, en que prueba, que esto de mal gusto de los ingénios, es enfermedad contagiosa, y que se deben usar preservativos contra ella; pero la lástima es que al mismo discretísimo padre le parece, que es muy dificultoso encontrarlos eficaces; y en verdad que sino me engaño mucho, lo esfuerza de manera, que sino convence, concluye. Que el mal gusto se pegue como contagio, es más claro que chocolate de padre de la Compañía; y no hay más que ir discurriendo por los siglos en que reinó el más perverso, buscar la causa de su propagacion, y se encontrará la prueba. Solo hay una diferencia entre la peste y el mal gusto, que los estragos de aquella se conocen ántes que se experimenten; los de éste, hasta que se experimentan no se advierten: aquélla cunde á ojos vistas, éste se propaga sin sentir: por lo demás, así como aquella se dilata por la comunicacion de los apestados, así ni más ni ménos se va extendiendo éste por el comercio de los que se sienten tocados del gusto epidémico.

17. Que no se encuentren á dos tirones preservativos eficaces contra esta epidemia, y consiguientemente que su curacion sea muy dificultosa, por no llamarla desesperada, es una verdad que casi salta á

los ojos. Lo primero, hay pocos médicos capaces de emprenderla. Los génios superiores, cuales se requieren para tomar á su cargo el desengañar á los entendimientos de sus erradas preocupaciones, son raros. Algunos hay que las conocen muy bien, que se lamentan de ellas, que en lo interior de su corazon las abominan; pero en el fuero externo déjanse llevar de la corriente, y hacen lo que todos los demás; porque el *laudo meliora, provoque... deteriora sequor* en toda especie de cosas tiene muchos sectarios. Lo segundo, la naturaleza de la enfermedad la hace casi irremediable; ¿cómo se ha de curar un mal, con el cual se halla tan lindamente el enfermo, que le cae muy en gracia, y que á su parecer nunca está más robusto, que cuando está más achacoso? Si algun médico caritativo intenta su curacion, riese el enfermo de la locura del médico, y dice, que él es el que verdaderamente tiene necesidad de curarse. Con que vé aquí la peste del mal gusto extendida, y punto ménos que sin remedio.

18. Uno solo hay y ese es eficacísimo. Este seria, que á ninguno se le permitiese predicar, que no fuese hombre muy probado en letras, en virtud y en juicio. Y no hay que decir, que esto es pedir gollerías; porque solo es pedir lo que David y San Pablo piden indispensablemente á todo predicador. El primero dice en sentido acomodado al intento: *Disponet sermones suos in iudicio*: véle ahí el juicio. El segundo quiere, que el predicador sea irreprehensible: *Oportet irreprehensibilem esse*: véla ahí la virtud; de doctrina sana y capaz de argüir y de convencer á los que le contradijeren: *In doctrina sana, et eos*

qui contradicunt arguere; véis ahí las letras. Y no hay que salirme con la pata de gallo, de que San Pablo no habla de los predicadores sinó de los obispos. Vagatelas: habla de los obispos, en cuanto son predicadores: pues sabida cosa es, que el oficio de predicar és propio y privativo del obispo, y que en la primitiva Iglesia el obispo predicaba de oficio. Como después se multiplicó el número de los fieles, se extendieron tanto las Diócesis, y no era posible que los obispos estuviesen en todas partes para repartirlos el pan de la divina palabra, introdujéronse los predicadores á quiénes los concilios llaman coadjutores de los obispos en el ministerio de predicar; *Coadjutores Episcoporum in ministerio verbi*; y por tanto solo se escogian para eso á los que sobresalian más entre todo el clero en virtud y en sabiduría. Yo quisiera saber, ¿por qué ahora no se podría hacer lo mismo?

19. Y no, que en ordenándose de Misa cualquiera teologuillo, luego solicita sus licencias corrientes para confesar, predicar, bobear, etc., y allá se las campaneá. Pero siendo esto tan malo, todavía no es lo peor. Hay en una Universidad un manteistilla chusco, pero aplicado y grande argüidor. Ha estudiado su filosofía, y sus tres ó cuatro años de teología con créditos de ingenio, y ha sustentado un par de actos con despejo y con intrepidez. Hacen á su padre ó á su tío mayordomo de la Cofradía del Santísimo de su Lugar: echa el sermón al hijo ó al sobrino, acude por la licencia, despáchasele por lo común sin tropezar en barras: sube al púlpito con su sobrepelliz almidonada y de perifollo, representa con desembarazo lo que otro le compuso, ó echa por aquella boca con grande satisfaccion

los disparates que él mismo enjirió; porque un pobre muchacho, sin más estudio, que cuatro párrafos escolásticos, ¿qué obligacion tiene á saber componer otra cosa? Acábase el sermón ó lo que fuere: ¿hay vitores, hay aclamaciones, hay enhorabuenas, hay después grandes brindis y muchas coplas en la mesa? ¿Y qué sucede no pocas veces? Que al día siguiente sale una mozuela, poniendo demanda de matrimonio al señor predicador, y en aquella misma iglesia, donde le oyeron tantas maravillas del Sacramento de la Eucaristía, le ven recibir pocos días después las bendiciones para el del Santo Matrimonio (1).

(1) Sucedia en siglos anteriores, que á ocasiones, y casi siempre por satisfacer exigencias de los parientes, ó de los pueblos de donde eran naturales, los obispos concedian licencia para predicar algun sermón, á estudiantes que solo habian recibido la prima tonsura, ó cuando más, las órdenes menores. Asi acontecia lo que aquí critica oportunamente el autor y no era raro el caso de contraer matrimonio, uno que antes habia ejercido el ministerio de la predicacion. Hoy con mucha dificultad se conceden estas licencias, si bien no hace muchos años oimos predicar á un menorista en cierta iglesia del arzobispado de Sevilla.